



## EN LA MONTAÑA

El camino era bastante bueno para caminantes vigorosos; y a medida que Vendale y Obenreizer subían, encontraban más puro el aire y la respiración se les hacía más fácil. Pero el cielo tenía por todas partes aspecto triste y espantoso: la naturaleza parecía haber suspendido su actividad; los oídos y ojos de los viajeros estaban igualmente turbados por la amenaza y la espera de una próxima variación del estado atmosférico y de la montaña; los indicios precursores de la tempestad se acercaban, y pesado silencio extendíase por todas las cosas, a medida que las nubes amontonadas, o la nube—que todo el cielo no formaba más que una nube—se tornaba más sombría.

Aunque el día estuviera obscuro, no se hallaba borrada del todo la perspectiva. En el valle del Ródano, que deja-



rón tras de sí nuestros viajeros, corría el río a través de mil revueltas; esa bella agua límpida mostrábase entonces un color plomizo de abrumadora tristeza. A lo lejos, muy elevados sobre la carretera, veían los neveros y los aludes suspensos por cima de los pasajes que iban a franquear. En el camino abríanse precipicios sin fondo y bramaban los torrentes; por todas partes se alzaban los picos gigantescos, y ese pasaje inmenso, no animado de los juegos de luz, ese paisaje en que no resbalaba ningún rayo de sol, desarrollábase claramente con todo su sublime horror, ante los ojos de ambos jóvenes.

El valor de dos hombres, solos e indefensos, flaquearía indudablemente un poco, si tuvieran que abrirse un camino durante varias millas y horas, en medio de una legión de enemigos silenciosos e inmóviles... y hombres como ellos los miraran con ojos fijos y amenazadora frente... ¿No debe invadirlos mucho más el miedo, si esa legión se compone de los gigantes de la naturaleza, si esa frente siniestra es la de los picos y montañas, cuyas amenazas pronto se trocarán en temible furor?

Subían. El camino era más áspero y escarpado; pero la alegría de Vendale tornábase más franca, a medida que veía extenderse tras él el camino; mira-

ba aquel espacio conquistado y aplaudíase por la resolución tomada. Obenreizer seguía hablando muy poco: ¡pensaba en el objeto perseguido! Ambos ágiles, pacientes, decididos, tenían realmente las cualidades necesarias para tan aventurada expedición. Si Obenreizer, el montañés, veía algún presagio de muerte en el tiempo, guardábase mucho de comunicarlo a su compañero.

—¿Habremos atravesado el paso esta noche?—preguntó Vendale.

—No—replicó Obenreizer,—bien ve usted que la nieve es mucho más espesa aquí que allá. Cuanto más subamos, tanto más compacta y profunda la hallaremos... Además, ¡los días son tan cortos!... Si podemos llegar a la altura del quinto Refugio y dormir esta noche en el Hospicio, será que habremos caminado bien.

—¿No hay peligro de que estalle la tempestad esta noche?—preguntó Vendale, un tanto emocionado.

—Estamos rodeados de muchos peligros—dijo Obenreizer, aparentando prudente reserva,—¿No ha oído usted hablar del Puente de Ganther?

—Lo he pasado una vez.

—¿En verano?

—Sí, en la temporada de viajes.

—¡Ah! En la estación actual es muy diferente—dijo Obenreizer, con extraña



risa.—No estamos en una época del año en que ustedes, los caballeros, que viajan para su recreo, puedan divertirse tanto como de costumbre. No conoce usted gran cosa de lo que está viendo.

—Usted es mi guía—contestó Vendale de buen talante,—confío en usted.

—Sí, soy su guía—repitió tristemente Obenreizer,—y quiero guiarle al término de su viaje. Mire, vea ahí el puente, ante nosotros.

Mientras hablaban, habían dado la vuelta a un barranco inmenso y desolado. La nieve rodaba a sus pies en densas oleadas, y por encima de sus cabezas, tenían también la nieve suspendida. Obenreizer se detuvo para enseñar el puente a Vendale, a quien miraba al mismo tiempo con terrible expresión de odio.

—Si le hubiera dejado pasar delante —dijo,—si se me hubiera olvidado avisarle, y si usted hubiese proferido una sola exclamación de sorpresa, un solo grito, hubiera usted movido las masas de nieve, las cuales, al caer, hubieran podido herirle, y, tal vez, sepultarle...

—¿Es verdad eso?—dijo Vendale.

—¡Oh!... muy verdad... Pero yo soy su guía y debo velar por usted. Pasemos en silencio. La menor imprudencia nos costaría la vida. ¡Adelante!

Había allí prodigiosa aglomeración de

nieve; enormes fantasmas blancos columpiábanse sobre el puente, las rocas formaban espantosas salientes, y nuestros viajeros se abrían paso como entre pesadas nubes de un cielo tormentoso. Obenreizer manejaba con suma destreza el bastón, sondeando el terreno a medida que avanzaba, mirando constantemente al aire, y con la espalda en tensión, cual si se preservase contra la sola idea de un alud. Caminaba muy despacio; Vendale seguía de cerca, y ya habían recorrido la mitad de tan peligroso camino, cuando sintieron violenta sacudida, a la cual siguió un trueno.

Volvióse Obenreizer, puso la mano en la boca de Vendale, y le enseñó el sendero que acababan de recorrer. No había ya de él huella alguna. El alud lo había tapado todo y rodaba hacia el torrente, al fondo del abismo...

Su aparición en la fonda aislada, situada no lejos de tan temible lugar, arrancó exclamaciones de sorpresa a la gente de la casa.

—¡Bueno!—exclamó Obenreizer,—estamos aquí solamente para descansar.

Al mismo tiempo, sacudía los vestidos ante el fuego.

—Este señor tiene motivos poderosos para atravesar cuanto antes el paso... Explíquesele usted, Vendale, explíquesele usted mismo.



—En efecto, tengo un motivo apremiante—dijo Vendale.—Tengo que cruzar el pasaje.

—Ya lo oyen ustedes. Mi amigo tiene un motivo muy poderoso, y no necesitamos consejos ni ayuda. Yo soy mejor guía que ninguno de ustedes, señores paisanos míos. Dicho esto, dennos de beber y de comer.

Del mismo modo y en iguales términos, después de luchar con las dificultades siempre crecientes del camino, llegaron al punto en que debían pernoctar. Obenreizer se llegó a la gente del Hospicio, que se agrupaba en torno de ellos ante el hogar, en tanto que ellos se quitaban su calzado húmedo.

—Es muy bueno hablarse unos a otros francamente como amigos—dijo.—Este señor tiene un motivo urgentísimo para atravesar el pasaje.

—El motivo más apremiante—repitió sonriendo Vendale.

—¡Y tiene que atravesarlo!—prosiguió Obenreizer.—No necesitamos ayuda ni consejos. Yo soy hijo de las montañas y buen guía: no se preocupen ustedes de esto. Dennos de cenar, vino y camas.

Durante el terrible frío de aquella noche que empezaba, reinó la misma calma siniestra en el desierto de las montañas y en el cielo. Al amanecer, no se vió

el menor rayo de sol que sonrojase o dorase la nieve. Por todas partes reinaba la misma blancura infinita y mortal, el mismo silencio sin límites, la misma terrible tristeza.

—¡Viajeros!—gritó al través de la puerta una voz simpática.

Así que se pusieron en pie, con el saco en la espalda y el bastón en la mano, el que los había despertado les dirigió de nuevo la palabra.

—¡Acuérdense, viajeros! Cinco abrigos hay en el peligroso camino que va a abrirse ante ustedes, cinco refugios y una cruz de madera negra que indica el camino del asilo vecino. No se aparten ustedes, y, si la tormenta llega, cobíjense.

—Otra vez hace de las tuyas la industria de esos pobres diablos—dijo Obenreizer a su amigo, contestando con desdenoso ademán al caritativo hombre que les daba consejos.—¡Cómo se agarran a su oficio!... Ustedes, los ingleses, sostienen que nosotros, los suizos, no somos nación mercantil. Verdaderamente creo que tienen ustedes razón.

Habían repartido entre los dos sacos las provisiones que pudieron procurarse. Obenreizer llevaba el vino; Vendale, el pan, la carne, el queso y el frasco de aguardiente.

Fatigábanse hacía rato trepando por



las rocas y su blanca mortaja, en donde se hundían hasta la rodilla; conservaban tan penosa marcha en medio de la más horrorosa parte de aquel lúgubre desierto, cuando empezó a nevar. Al principio no fueron sino ligeros copos que caían despacio y sin parar; luego se espesaron y comenzaron los torbellinos.

Levantóse un viento glacial, con prolongados mugidos. El camino proseguía entre sombrías galerías de rocas. Ante los viandantes abríase profunda gruta sostenida por sus arcos inmensos. Llegaron con trabajo a ella; al mismo tiempo, la tempestad se desencadenó con furia.

El ruido del viento, el del torrente, el trueno de los aludes y de los bloques destrozados por la tormenta, las formidables voces que salían de todas las gargantas de aquella cordillera completamente desquiciada, la obscuridad, más profunda que la noche, el silbido de la nieve que azotaba la boca y las paredes de la gruta y que cegaba a ambos jóvenes, ese desencadenamiento de la naturaleza, que sucedía a la horrorosa calma de la víspera, todo esto era muy a propósito para helar a Vendale la sangre. Obenreizer, que se paseaba arriba y abajo por la gruta, le hizo una señal para que le ayudara a destapar el saco. Todavía podían verse uno a otro; mas no hubie-

ran podido oírse. Vendale obedeció al deseo de su amigo.

Obenreizer sacó la botella de vino y llenó el vaso. Volvió a hacer una señal a Vendale para que bebiera para calentarse. Aparentó beber después que él. Ambos caminaron luego uno al lado del otro, pues sabían muy bien que con aquel frío era peligroso permanecer en descanso y que dormirse sería morir.

La nieve caía con fuerza creciente en la galería por cuyo extremo superior habían de salir otra vez al camino, si es que llegaban a dejar su refugio. No tardó en obstruir la bóveda. Dentro de una hora, subiría lo bastante para interceptar la luz exterior. Por fortuna, helábase a medida que caía; quedaba la esperanza de poder caminar en su superficie y trepar por encima de aquella muralla amenazadora. Por lo demás, el ímpetu de la tempestad comenzaba a amainar en la montaña y cedía el puesto a un incesante chaparrón de nieve. El viento seguía bramando; pero solo a intervalos, y, cuando cesaba, se aumentaban a simple vista los copos.

Hacia próximamente dos horas que nuestros viajeros estaban cautivos en tan terrible prisión. Obenreizer, ora trepando, ora arrastrándose con la cabeza baja, el cuerpo tocando en la bóveda, empezó a trabajar con desesperados es-



fuerzos para abrirse paso afuera. Vendale le seguía como siempre. ¡Cosa rara! Imitaba a su compañero, sin saber a punto fijo lo que hacía. Su razón parecía abandonarle de nuevo.

Poco a poco apoderóse de él el mismo letargo que en Basilea y le dominó los sentidos.

¿Cuánto tiempo habría seguido a Obenreizer fuera de la galería? ¿Cuántos obstáculos había salvado tras sus pasos?... Despertóse de pronto, con la conciencia de que Obenreizer estaba estrechamente enlazado con él y que entre ambos se entablaba desesperada lucha en la nieve. Obenreizer sacó del cinturón el puñal de que nunca se separaba, e hirió. Otra vez se empeñó la lucha, más desesperada todavía, más ardiente. Vendale golpeó una vez más, rechazó a su adversario y pronto se vió frente a frente con él... luego, derribado, yaciendo en la nieve...

—He prometido guiar a usted al término de su viaje—dijo Obenreizer;—he cumplido mi promesa. Aquí es donde va a concluir el viaje de su vida. Nada puede prolongarla. Tenga cuidado; que si intenta levantarse, va a resbalar.

—¡Es usted un miserable!... ¿Qué le he hecho yo?

—Usted es un ser estúpido. He vertido un narcótico en lo que acaba de beber...

Es usted doblemente tonto. Ya le había echado este narcótico durante el viaje, para probarlo. Tres veces tonto, porque yo soy el ladrón, el falsario a quien usted busca, y, dentro de breves instantes me apoderaré sobre su cadáver de esas pruebas con que usted había prometido perderme.

Intentó Vendale sacudir su torpeza; pero el funesto efecto era demasiado seguro. En tanto que le hablaba su asesino, preguntábase él si era cierto que estaba herido, si aquella sangre que por la nieve corría era la suya.

—¿Qué le he hecho yo?—murmuró.—¿Por qué se ha convertido usted en tan vil asesino?

—¿Que qué me ha hecho? Me hubiera usted perdido, si no le hubiese yo impedido llegar al fin de su viaje. Su maldita actividad ha venido a robarme el tiempo con que yo contaba para restituir el dinero robado. ¿Que qué me ha hecho usted?... Ha venido a interponerse en mi camino, no una vez, no de paso, sino siempre, sin tregua. ¿No he intentado antes librarme de usted?... ¡Ah! ¡Ah! No es fácil desembarazarse de usted. Por eso va a morir aquí.

Intentó Vendale llamar a sus pensamientos, que se le escapaban; quiso hablar, pero en vano. Instintivamente buscaba el bastón herrado que se le había



caído de las manos; no pudo cogerlo. Entonces procuró levantarse sin ese sostén... ¡En vano! ¡En vano!... Vaciló y cayó pesadamente al borde de un abismo...

Desfalleciente, amodorrado, con un velo en los ojos, sin oír ya nada, realizó, no obstante, tan terrible esfuerzo, que se incorporó sobre sus manos. Vió a su enemigo allí, en pie, por cima de él, tranquilo, siniestro, implacable.

—Me llama usted asesino—dijo Obenreizer;— no me conmueve ese nombre. A lo menos, no puede usted decir que no me he jugado la vida contra la suya, puesto que me veo rodeado de peligros y tal vez no consiga abrimme paso entre los precipicios. De nuevo va a estallar al momento la tempestad. ¡Mire! ¡La nieve se arremolina! Necesito ese recibo. Necesito inmediatamente esos papeles. Cada momento que pasa se lleva mi vida.

—¡Basta!—exclamó Vendale con voz amenazadora e intentando una vez más levantarse.

Reanimábale el último destello de fuego que se escapaba de su sér y consiguió asir las manos de su enemigo.

—¡Deténgase!—exclamó.—¡Lejos de mí, asesino!... ¡Que Dios ayude a Margarita!... Por fortuna, nunca sabrá ella cómo he muerto... ¡Apártese de mí!...

¡Asesino!... Quiero mirarte una vez más a la cara... Ese rostro infame me hace recordar una cosa que debía decirte...

Obenreizer, espantado al verle desplegar súbitamente aquella energía suprema, y pensando que en aquel momento podría hallar fuerza bastante para vencerlo, le obedeció y se quedó inmóvil. Vendale lo miraba con ojos sin vida.

—No, no sucederá así—dijo.—Ni aun moribundo, traicionaré la confianza del muerto... ¡Escucha!... Padres supuestos... ¿No te recuerda eso nada?... La Inclusa... Una fortuna que es tuya y que tú no has heredado... Acuérdate... Acuérdate...

La cabeza cayó contra el pecho; él volvió a quedar al borde del abismo.

Abalanzóse el ladrón; sus manos febriles y activas corrieron al pecho de su víctima. Vendale realizó un esfuerzo convulsivo para proferir un grito:

—¡No!

Y dejándose resbalar por sí mismo, rodó, rodó, desapareció como un fantasma en un sueño de muerte.

Volvió a mugir la tempestad; luego calmóse.

Las voces infernales de la montaña se apagaron; brilló la luna, la nieve caía suavemente, silenciosa.

Dos hombres, escoltados por dos perros enormes, salieron del asilo. Miraban



atentamente en torno suyo, luego levantaban las manos al cielo; los perros se internaban en la nieve.

—Vamos—dijo el primero de entrambos hombres,—ahora podemos avanzar. Acaso encontremos en algún refugio a los viajeros.

Atáronse sendos cestos a la espalda; cada cual cogió en la mano un bastón herrado, enrollándose alrededor del brazo una cuerda terminada en un nudo corredizo, para poder atarse juntos, y pusieron en marcha.

De pronto, los perros cesaron sus piruetas, olfatearon el aire, agitáronse un momento y comenzaron a ladrar con todas sus fuerzas.

Detuviéronse también los amos; los canes daban vueltas en derredor de ellos. Hombres y animales se miraron con igual inteligencia.

—¡Al socorro, pues! ¡A la liberación!

Al mismo tiempo, escapáronse los perros y saltaron con otros ladridos más alegres y profundos... ¿No anunciaban algún recién llegado?

Los dos hombres quedáronse pasmados de estupor, y rodeando de lejos la nieve con la mirada, a la claridad de la luna, dijeron:

—¡Cómo!... ¡Otras dos criaturas insensatas!... Con este tiempo que trae la

muerte consigo... dos forasteros... ¡Y hay una mujer!...

Los perros tenían cada uno en la boca los pliegues de una falda, y así arrastraban a la viajera, que les acariciaba tiernamente la cabeza. Subía por entre la nieve con paso de persona habituada a las montañas; mas no sucedía lo mismo al hombre grueso que la acompañaba. Este se hallaba molido y andaba gimiendo.

—Queridos guías—dijo la joven,—amigos queridos de los viajeros, yo soy paisana suya. Buscamos dos jóvenes que han atravesado el paso esta mañana, y que hubieran debido llegar por la noche al Asilo.

—Han venido, señorita.

—¡Alabado sea Dios!—exclamó la moza.—¡Oh! ¡Bendito sea!

—Por desgracia, se han vuelto a marchar al momento. Y casualmente veníamos a buscarlos; pero hemos tenido que aguardar a que calmase la tormenta.

—¡Guías queridos!—dijo la joven.—Yo les acompañaré. Déjenme seguirlos por el amor de Dios. ¡Uno de esos hombres es mi marido, y le amo tiernamente!... ¡Oh!... sí, tiernamente... Ya ven que no estoy abatida ni cansada. ¡Oh! nací campesina, y les demostraré que sé atarme a sus cuerdas. Les juro que tendré valor. Déjenme acompañarles. Si



a aquel a quien busco le ha sucedido alguna desgracia, mi amor le descubrirá. Se lo ruego de rodillas, queridos amigos de los viajeros. Por el amor que sus amadas madres tenían a aquellos de quienes son ustedes hijos, se lo suplico.

Aquellos buenos y sencillos campesinos sintiéronse conmovidos.

—Después de todo—se dijeron en voz baja,—no miente; conoce los caminos de la montaña, puesto que tan milagrosamente ha llegado hasta aquí... Pero—añadieron, mostrándole a su compañero,—en cuanto a este caballero, señorita...

—Querido Joey—dijo en inglés Margarita,—quédese en esta casa y espérenos.

—Si supiera yo cuál de ustedes dos ha emitido esa opinión—dijo Joey, mirando de través a ambos guías,—le pegaría por seis peniques, y aun le daría media corona para que pagase al médico. No, señorita; seguiré los pasos de usted, mientras tenga fuerzas para seguirlos, y moriré por usted, si no puedo hacer otra cosa...—El próximo declinar de la luna ordenaba imperiosamente que no se perdiese tiempo. Los perros daban muestras de inquietud. Los dos guías tomaron rápidamente una resolución. Trocaron la cuerda que los ataba juntos por otra más larga, y así formaron una cadena larga. Ellos caminaban delante;

luego, a retaguardia, venían Margarita y Joey Laddle. Pusiéronse en marcha hacia los Refugios.

La distancia por recorrer era corta. Entre los cinco Refugios y el Asilo, casi no había sino media legua. Pero los senderos estaban cubiertos de nieve, como de gigantesca mortaja. Sin embargo, no se extravió en el camino la cuadrilla, y pronto llegaron a la galería en que Obenreizer y Vendale habíanse guarecido durante la tempestad. Sus huellas habían desaparecido durante la tempestad. Las huellas habían desaparecido arrastradas por el torbellino y la tormenta; pero los perros, que corrían en todas direcciones, parecían confiados en su admirable instinto. Detuviéronse bajo la bóveda que la tempestad había azotado con más furia y en donde más profunda parecía la aglomeración de nieve.

Allí, agitáronse los perros y empezaron a dar vueltas para indicar que iban a fracasar en su objeto.

Los guías, que sabían que el gran abismo se hallaba a la derecha, inclináronse a la izquierda; perdieron el camino. El que marchaba a la cabeza hizo alto, intentando consultar de lejos el poste indicador. De pronto, uno de los perros empezó a escarbar la nieve. Acercóse el guía; se le ocurrió la idea de que bien podía estar sepultado en



aquel campo de nieve un viajero... Pero vió esa nieve sucia... y profirió un grito al descubrir una mancha roja.

El otro perro miraba atentamente al borde del abismo, irguiendo las patas, temblándole todos los miembros. El primero volvió a la huella sangrienta, y ambos echaron a correr aullando; luego, de común acuerdo, pasaron los dos al margen del precipicio, profiriendo prolongados gemidos.

—Alguien hay acostado en fondo de ese abismo.

—Lo creo—dijo el primer guía,—quédense ustedes ahí atrás y déjenme mirar.

El otro guía encendió dos antorchas que llevaba en el cesto. El primero cogió una, y Margarita cogió la otra; miraban muy atentamente, abrigando la antorcha con las manos, la dirigían a todas partes, levantándola en el aire y bajándola luego bruscamente. Por desgracia, la luna proyectaba en torno de ellos una claridad que contrarrestaba la de las teas...

Un prolongado y penetrante grito que profirió Margarita interrumpió el silencio.

—¡Dios mío!... Ven ustedes... allí, en donde se yergue esa muralla de hielo... allí, al borde del torrente... ¿Ven ustedes?... Hay una forma humana...

—Sí, señorita, sí...

—Ahí, sobre ese hielo... ahí, debajo de los perros.

Con viva expresión de espanto, retrocedió el conductor. Todos callaron... Sin pronunciar una palabra, Margarita había desatado de la cuerda.

—Veamos los cestos—dijo.—¿No tienen ustedes más que estas dos cuerdas?

—No hay otras, señorita—respondió el guía;—pero, en el Asilo...

—¿Y si vive aún? ¡Oh! ¡Ya he dicho a usted que es mi prometido! Moriría antes de que usted volviese... ¡Queridos guías, amigos benditos de los viajeros, mírenme! Vean mis manos; si ellas tiemblan, reténganme a la fuerza... si están firmes, ayúdenme a salvar al que se encuentra ahí.

Se ató una de las cuerdas alrededor del talle y de los brazos, y formóse con ella una especie de cinturón sujeto con nudos. Soldó la punta de esa primera cuerda a la segunda, colocó los nudos bajo su pie y tiró; luego presentó su obra a los guías, para que ellos pudiesen tirar a su vez.

—¡Está inspirada!—se decían uno a otro.

—¡Por Dios Todopoderoso, apiádense del herido!—exclamó Margarita;—ya saben que soy mucho más ligera que



ustedes. Denme el aguardiente y el vino y háganme bajar hasta él. Cuando yo haya descendido, vayan ustedes a buscar socorro y otra cuerda más fuerte. Cuando me la echen desde arriba... miren la que he atado en torno mío... pueden estar seguros de que la ataré sólidamente a su cuerpo. Vivo o muerto, me lo llevaré o moriré con él. Le amo. ¿Qué más puedo decirles?

Los dos hombres volviéronse hacia el compañero de tan extraña joven. Joey se había desmayado en la nieve.

—Bájenme hasta él—dijo Margarita, cogiendo dos bidoncitos que había traído y sujetándolos alrededor de su cuerpo,—o iré sola, aunque tenga que hacerme pedazos contra las rocas. Soy aldeana, no conozco ni el vértigo ni el miedo, y a mis ojos nada es el peligro, porque le amo. ¡Bájenme, por piedad!

—Señorita, debe de estar muerto o tan próximo a estarlo...

—Expirante o muerto, quiero verle. Viva o animada, la cabeza de mi esposo descansará en mi seno. Bájenme o bajo yo sola.

Al fin obedecieron. Con todas las precauciones que les sugirieron su destreza y su compasión, hicieron que la joven se deslizase por el abismo... Ella misma dirigía el descenso a lo largo de la muralla de hielo. Soltaron la cuerda

más abajo, y más aún, hasta que llegó a sus oídos el siguiente grito:

—¡Basta!

—¿Es él realmente?... ¿Está muerto? —gritaron a su vez los guías asomados al abismo.

—El es. No me oye. Está insensible; pero aún le late el corazón; ¡late contra el mío!

—¿Adónde ha caído?

—Sobre una punta de hielo... ¡Dense prisa!... ¡Ah! ¡Si muero aquí, estaré satisfecha!

Uno de los hombres se marchó, seguido de los perros; el otro hincó las antorchas en la nieve, y afanóse por reanimar al pobre Joey. Algunas friegas de nieve y un poco de aguardiente hicieronle volver en sí; pero deliraba y no sabía dónde estaba.

Entonces el guía volvió al borde del precipicio.

—¡Animo!—gritó.—¡Ya vienen!... ¿Cómo está usted?... ¿Cómo sigue él?...

—Su corazón sigue palpitando contra el mío... Le caliente en mis brazos... no tengo miedo...

La luna descendió detrás de las elevadas cimas, y desierto y abismo quedaron entre tinieblas, y el guía volvió a llevar al fondo del abismo su grito de esperanza.



—¿Cómo está usted?... ¿Cómo sigue él? Ya vienen...

Y el mismo grito apasionado subió de las profundidades del ventisquero en que Margarita estaba sepultada con su esposo.

—Su corazón continúa latiendo contra el mío.

Al fin, los ladridos de los perros y una luz lejana esparcida por la nieve, anunciaron que llegaban socorros. Veinte hombres, faroles, teas, una camilla, cuerdas, paños, leña para hacer gran fuego, todo venía a la vez. Los perros corrían ante los hombres, lanzábanse hacia el abismo; luego volvían, suplicando en su lenguaje mudo que se apresurasen. Volvió a bajar el grito salvador.

—¡Gracias a Dios, todo está preparado!... ¿Cómo sigue usted?... ¿Ha muerto él?...

El grito desesperado respondió:

—Nos hundimos en el hielo y tenemos un frío mortal. Ya no late su corazón contra el mío. No deje usted bajar a nadie, que harto pesan nuestros dos cuerpos. No haga más que deslizar la cuerda.

Encendieron el fuego. La luz de las antorchas iluminó el borde del abismo, fijaron allí los faroles, y bajó la cuerda.

De arriba se veía a la valerosa joven atar la cuerda, con sus dedos entumecidos, al cuerpo de su prometido.

En medio de mortal silencio, subió este grito:

—Tiren suavemente.

A ella se la seguía viendo al fondo del precipicio, en tanto que él flotaba ya en el aire.

Ningún ¡viva! se oyó al depositarlo en la camilla. Algunos hombres se cuidaron de él, en tanto que otros bajaban otra vez la cuerda.

Por última vez subió el grito, en medio del mismo silencio mortal:

—¡Tiren!

Pero así que cogieron a *ella* al borde del precipicio, empezaron a resonar en el aire gritos de alegría; lloraban, daban gracias al cielo, besaban a Margarita los pies y el vestido; los perros la acariciaban, le lamían los dedos helados.

Ella se escapó, corrió a la camilla, colocó sus preciosas manos sobre aquel querido corazón que ya no latía.